

# NO TODAS LAS EMBARAZADAS SON CURSIS

[A algunas les aterra ser como sus madres y ven películas porno]  
¿Hay algo de malo en una embarazada sexy?

Una crónica de Gabriela Wiener  
Ilustraciones de Gianfranco Piazzini

COPIA AUTORIZADA  
PARA REVISTA INTERNACIONALE

COPIA AUTORIZADA  
PARA REVISTA INTERNACIONALE



**B**reve recuento de mis experiencias previas cercanas a la maternidad: 1) Un conejo a los tres años: apego, fuertes sentimientos de ternura y embobamiento; repentina desaparición del conejo, mis padres me explican que tuvo que irse porque extrañaba mucho a su mamá, me doy cuenta de que yo no soy su mamá: desengaño, pero comprendo la (falsa) situación racionalmente y olvido rápido. 2) Un perro a los quince años: cocker spaniel, color caramelo, nervioso y sufre de epilepsia. Un chico con el que salgo me dice que cree que mi perro es homosexual. Puedo constatar

que así es. Un día lo llevamos al veterinario para que lo bañe pero ya no regresa. Muere por negligencia del veterinario, lo drogaba para bañarlo (el hijo de puta) y se le fue la mano. 3) Otro perro a los veinte años, también cocker spaniel, color caramelo, nos lo regala el veterinario hijo de puta, el perro sufre serios problemas de conducta; es incapaz de obedecer y nadie puede enseñarle nada, se caga sobre la mesa del comedor, se orina en mi cama, en una ocasión está a punto de arrancarme una oreja, me llevan de urgencia al hospital, me cosen el lóbulo con cinco puntos: hasta hoy no hay forma de que haya simetría alguna entre mis pendientes. 4) Un gato a los veinticinco años, chusco, lo compro en el mercado a diez soles, por envidia, porque el gato callejero que nos visita y con el que me he encariñado decide un día irse con mi vecina, al parecer porque le da comida de mejor calidad. Vive con J y conmigo durante dos años, decidimos viajar a España y no sabemos qué hacer con él. Desaparición del gato, nadie me explica nada, no hay fábulas, creo que nos ha abandonado antes de que lo abandonemos, J cree que está en el cielo de los gatos. 5) Una planta a los treinta, se la compro a una gitana en la entrada del mercado de los Encantes, no sé ni cómo se llama, es obviamente verde, al crecer noto que es una enredadera, está varias veces a punto de morir, está claro que necesita cambiar de maceta pero nunca tengo ni tiempo ni dinero para hacerlo, la riego de vez en cuando, un día me mudo y la olvido, una amiga a su vez se muda a mi ex casa, me cuenta que la ha trasplantado, voy a visitar a mi amiga y veo a mi planta, tiene flores, ya no es mi planta.

Mi currículum como tutora de seres vivos no era como para sentirse orgulloso. Con seres inertes, la cosa cambiaba, aunque no sé si para mejor. Mis muñecas,

ositos, patos, barbies y demás monigotes, fueron mi verdadera escuela del horror. En esta particular Toy Story, sometí a mis barbies a largas sesiones sexuales con kenos castrados o las hice protagonizar argumentos llenos de desastres naturales. A uno de mis bebés, Allan, lo despojé de sus ropas para poco después desmembrarlo y al final decapitarlo como un Túpac Amaru con chupete. Sus partes siempre estaban en distintos lugares de mi habitación y nunca se volvieron a unir. Cuando me hice adolescente, cometí incesto con uno de mis hijos: el Bomboncito granjero, un muñecote del tamaño de un niño de tres años y pelos de lana roja al que usaba como pareja para masturbarme. ¿Qué les diría Bomboncito al soldadito de plomo y el resto de sus hermanos, al final del día, cuando volvían a la vida para contarse sus peripecias al lado de la niña que dormía en la habitación?

Espero que haya hablado bien de mí. De lo contrario sería un hipócrita.



Desde mi viaje de vacaciones de Barcelona a Lima, mi madre no había dejado de mimarme, de prepararme mis comidas favoritas, de preocuparse por mí y por mis síntomas. Como siempre, a sus demostraciones de amor yo respondía con un sarcasmo cruel de rebelde tardía. No sé qué pasaba con nosotras que juntas liberábamos unas energías extrañas. No sé si competíamos por quién sometía a quién. Yo me resistía a dejar de una vez por todas las riñas de la adolescencia y a empezar una relación más madura con ella. Ella seguía viéndome como la quinceañera que se ponía polvos faciales en la cara en plan Michael Jackson.

Como cada mañana me puse frente al espejo para ver qué tal me iba la ropa que había elegido para ese día. De repente, mi madre salió de la cocina, me vio y me lanzó: —¿Qué haces con esa falda sobre el pantalón. Se ve feísimo.

Lo dijo de una manera tan familiar que me paralizó, pero aún pude contestarle. Yo había salido hacía muchos años de su campo de fresas para siempre pero ella no parecía haberse dado cuenta. La miré de arriba abajo, deteniéndome largamente en su blusa atigrada y sus pantalones extralarge. —¿Te has visto al espejo, mamá?

Ella bajó la mirada por primera vez desde mi regreso, por primera vez desde que empezamos con este juego que duraba toda mi vida.

La había herido.

Iba a emprender mi retirada triunfal, pero noté que lloraba. Ya no me sentí tan triunfadora.

—No llores, por favor.

—¿Qué hice mal? ¿Por qué saliste así? Siempre sale caca de tu boca.

Ésta era la oportunidad que tanto habíamos estado esperando. Ella se desahogaría, me diría qué complicado es ser mamá, casi tan o más difícil que ser hija. Justificaría su acoso contándome lo hostil que había sido mi abuela con ella. Nos abrazaríamos y nos pediríamos perdón.

Habíamos heredado de mi abuela la tentación por la crítica destructiva. Ambas, como ella, podíamos ser muy dulces, pero cuando el mal genio nos dominaba éramos muy directas, violentas y hasta vejatorias.

En los días de mi visita a Lima, poco quedaba de mi abuela, que había sido severa con sus hijos y consentidora con sus nietos, que se había reído de nuestras travesuras, nos había ofrecido su regazo profundo y su comida: yacía postrada en su cama, en una habitación empapelada de un paisaje primaveral lleno de flores amarillas, sin poder hablar, ni moverse, luego de varios derrames, cuidada por mi abuelo y dos enfermeras. Moriría poco después.

Mi madre me confesó una vez que su madre le encontraba defectos a casi todo. Un día le había dicho que si seguía llegando tarde a casa, «igual que un hombre», los vecinos iban a pensar que era una puta.

Aunque crecí escuchando ese tipo de cosas, mi madre siguió llegando tarde a su casa y quedándose en las asambleas en las que, junto a otros chicos a los que llamaba «compañeros», soñaba con hacer la revolución continental que acabaría con las injusticias, aunque luego debía volver a dormir en su cama de niña pobre y católica.

Nunca le dio miedo que su madre o los vecinos creyeran que era puta. A mí tampoco me daba miedo que la mía me considerara una productora de mierda verbal.

Sin dejar de mirarla, agarré mi bolso y lo crucé sobre mi barriga. Pensé salir por la puerta sin decir palabra, pero no pude.

Me acerqué y le di un beso. Ella se quedó quieta frente al espejo.

**E**n la primera imagen que tengo de mi madre ella me está apuntando con un fusil. No es una imagen metafórica sino una imagen auténtica. En la foto en blanco y negro tenía unos diez años, mi abuelo la ayudaba a sostener el arma y ella miraba algún punto lejano, mientras el fusil apuntaba a la cámara. Mi antiguo álbum de fotos comenzaba con esta foto. No sé por qué estaba ahí. Creo que la robé del álbum de mi abuelo. Me gustaba la ironía de la imagen: una niña aprendiendo con papá a disparar vestida de domingo. Una niña que sería mi madre. En la siguiente foto del álbum, estaba esa misma niña, casi con la misma dulce mirada, dando de mamar a un bebé. Un bebé que era yo. Esa fotografía se la habían tomado a mi madre en el hospital, al día siguiente de dar a luz. A mi mamá se le veía cansada pero feliz, como en las publicidades de pañales. Mientras yo bebía absorta, con mi diminuta y oscura mano aferrada a su pecho, apenas una cabecita negra apretada entre una teta y el mundo, ella miraba a mi padre, peinado al estilo de los setenta, y le decía algo. En otra foto, me había convertido ya en una flor de pétalos rosas y tallo rojo para una actuación escolar. Recuerdo que mi mamá me había confeccionado el disfraz y, como no había conseguido las medias verdes reglamentarias, me había construido con mucho amor un pantalón de papel crepé verde que se me rompió a la primera flexión, con lo cual habían quedado al descubierto mis pantys rojas. Yo estaba muy avergonzada pero qué niño vestido de flor no lo está. Al fin encontré la foto que estaba buscando: la foto del paseo a Chosica con los niños de mi clase, cuando estaba en primero de primaria, la foto de la humillación. En segundo plano, mis compañeros, incluyendo mi mejor amiga, disfrutando de un baño en la piscina y riendo a carcajadas; en primer plano, yo, vestida y con dos coletas, con el rostro más triste que había visto en mi vida, abrazada a la estatua de bronce del angelito que riega la piscina con su pene. Estaba resfriada. Recuerdo que mis padres habían accedido generosamente a que vaya de paseo pero no quisieron que me bañara en la piscina por miedo a que empeorara.

Decidí varias cosas esa tarde para mi futuro: nunca le haría un disfraz a mi hijo, nunca lo mandaría a un paseo resfriado, pero sí le enseñaría a disparar.

La simbólica vuelta a la casa de mi madre se radicalizó cuando una leve molestia lumbar que venía sufriendo desde Barcelona derivó en cojera debido a la inflamación del nervio ciático. Es bastante común entre las mujeres que entran al tercer trimestre y llegan a padecerlo hasta un treinta por ciento de embarazadas. Es un dolor que parte del interior de la nalga y se irradia por la pierna.

No me sorprendió que mi mamá asumiera la responsabilidad de la hija coja que volvía a depender de los demás tras años de autogestión en el extranjero. Lo primero que hizo fue llevarme a su consultorio médico de confianza: el Policlínico Peruano-Japonés. Tras una década de fujimorismo, había cosas que se habían quedado demasiado enquistadas en los hábitos de la gente. Lo principal era que los precios eran económicos y ofrecía un servicio de terapias de rehabilitación. Así que allí estaba yo, en el clímax de mis vacaciones, esperando mi turno en una sala llena de personas que usaban productos ortopédicos y hablando con mi madre.

—Naciste con ictericia, estabas toda de color naranja y te llevaron lejos de mi lado y no te vi hasta el día siguiente.

La ictericia se manifiesta con una coloración amarillenta anormal, debido a un exceso de bilirrubina en la sangre que el hígado de un recién nacido no puede procesar. Se trata con fototerapia (exposiciones a la luz) y en su forma leve dura sólo un par de días. Casi todos los bebés la padecen, y a mi niño probablemente también le ocurriría.

—No sabía lo que sentía cuando te vi.

—¿No se siente amor de inmediato?

—No. Sólo deseé que no te pasara nada malo y te esperé, para abrazarte y protegerte.

—Una sensación un poco animal...

—Sí, de animal con su cría. Seguro esa noche que pasaste sin mí me extrañaste y allí nació la poeta.

Mi mamá siempre ha creído que soy una poeta. Aunque ella daría todo porque volviera a escribir poemas y cosas culturales, siempre termino dándole a leer las cosas sucias que escribo en la actualidad para esconder mi lado cursi. De vuelta de la clínica, me

puse a rebuscar otra vez en uno de mis baúles. Al fin hallé el papel amarillento, del color de la ictericia. Era una carta dirigida a mí en estado de nonata, que mi madre había escrito mientras estaba embarazada. Ahora ella creía en la Virgen de las manzanas, en los apus andinos y en Deepak Chopra, pero en esos tiempos en que me llevaba dentro de su vientre, era una aguerrida dirigente sindical que militaba junto a mi padre en algún partido político de izquierda y yo era el germen de ese amor revolucionario, apenas una idea en la que creer, otra utopía.

La carta decía:

Hijito o hijita:

Tus papás son políticos, hacen política, pero en este frente de lucha las cosas no son fáciles, ya te explicaremos; te adelanto que esta búsqueda es lo que arrastra y marca nuestras vidas. Perdona pues, si las tensiones emocionales, las penas o cóleras que siempre se dan entre hombres y mujeres de acción, puedan haberte afectado. Pero no queremos de ti un niño o niña triste; tampoco lo somos tu padre o yo. Sabemos, y lo habrás sentido, tener momentos en que nos hacemos niños, jugueteamos amorosamente, reímos, nos alegramos de mirar una flor bella que en su forma y color nos deja sensaciones dulces. Quisiera darte de estos momentos muchos más de los que recibes de nosotros. Pero ¿sabes de qué te debes alegrar? De que ni tu papá ni tu mamá viven una vida fofa; somos apasionados, en donde estamos no podemos permitir ni la injusticia, ni el engaño y menos la cobardía. ¿Cómo serás, mi niño o niña?

En la carta llena de idealismo, afirmación y esperanza de mi mamá yo era la única pregunta.

Por la noche, cojeé hasta su habitación y me metí en su cama. Ella dormía. Le susurré al oído o soñé que lo hacía: «Soy así, mamá, no me alegra mirar una flor, no soy una mujer de acción pero tampoco estoy triste».

Me despertó muy temprano para hacer mis ejercicios de rehabilitación, que consistían en rebotar sentada sobre una enorme pelota. No sé qué, pero algo ya no me dolía tanto.

Así fue como perdí mi libertad y me entregué en adelante por completo al juego de ser otra vez suya. Lo malo era que ya no nos quedaba tiempo. En tres días volvía a España. Otra vez fuera de su campo de fresas para siempre.



Primavera. No es mentira lo que dicen. Algunas embarazadas que hemos entrado en el segundo trimestre, que nos hemos acostumbrado a nuestras formas redondeadas y a nuestros pechos grandes, sólo pensamos en sexo. Es verdad que me preocupaba encontrar un trabajo lo más pronto posible o de lo contrario no podría completar los seis meses de vida laboral que necesitaba

edad. Al parecer, las embarazadas éramos una especie pornográfica en sí misma, llamada «nueve lunas». ¿Qué podría resultarle tan excitante a un hombre de una mujer esperando un bebé? Con sus gigantescas tetas coronadas por un par de pezones oscuros y la piel tirante de sus vientres arañados de estrías, con esos rostros angelicales y ese brillo de plenitud en los ojos, las futuras madres éramos vistas literalmente como bombas sexuales. En alguna parte, estar grávida era un plus erótico. Estaba de suerte.

Los títulos de las fotos o vídeos de mujeres en la dulce espera revelaban la misma creatividad que las cintas de porno normal: «cachando en su último mes de embarazo», «preciosa mamita con chucha rica», «preñada le gusta exhibirse», «dos lesbianas embara-

Pensé que sólo a mí y a otras gorditas podría darnos curiosidad otras embarazadas. Me equivocaba. Al parecer, las embarazadas éramos una especie pornográfica en sí misma, llamada «nueve lunas». ¿Qué podría resultarle tan excitante a un hombre de una mujer esperando un bebé? Con sus gigantescas tetas coronadas por un par de pezones oscuros y la piel tirante de sus vientres arañados de estrías, con esos rostros angelicales y ese brillo de plenitud en los ojos, las futuras madres éramos vistas literalmente como bombas sexuales. Descubrí un submundo alrededor de las «panzoncitas», que se encontraba dentro del género «placeres extraños», justo al lado de zoofilia, gordas y tercera edad

para cobrar la baja maternal y poner mis papeles en regla, pero exorcizaba mi angustia perdiéndome en las galerías de imágenes de embarazadas desnudas en la web.

Para una mujer medianamente heterosexual, ver cuerpos de otras mujeres también es muy excitante, ver tetas y vaginas nos pone mucho más que ver un pene erecto. Empecé tomándome fotografías a mí misma. Ya lo he dicho: me sobraba tiempo libre. Cogía mi camarita digital y me fotografiaba en poses ginecológicas. Me volqué a la caza de fotos de otras embarazadas. Pensé que sólo a mí y a otras gorditas podría darnos curiosidad otras embarazadas. Me equivocaba. Descubrí un submundo alrededor de las llamadas «panzoncitas», que se encontraba dentro del género «placeres extraños», justo al lado de zoofilia, gordas y tercera

zadas se lo montan». En los clasificados de contactos encontré a muchos hombres que buscaban embarazadas para cumplir sus fantasías. Ofrecían «ayuda económica» y prometían «consentirlas». Uno decía: «Sé que la mujer embarazada es ardiente pero es tímida para admitirlo». Otro: «Son taaaan tiernas». Uno más: «Están más sensibles ahí abajo». Así, en el imaginario del hombre dado a las embarazadas, éstas eran seres desamparados y fogosos con unos senos muy grandes; en suma: la mujer ideal. Alguno confesaba que estaba obsesionado con tener sexo con una embarazada desde que su esposa lo dejara a pan y agua durante los nueve meses de su gestación: «No le gustaba que la tocara, le dolían los pechos, se encontraba gorda, le dolía la cabeza, le molestaba mi perfume». Encontré

otras explicaciones: el no tener que usar condón era la más estúpida; que era una manera de hacer un trío, la más inquietante. Alguien lanzaba esta pregunta al foro: «¿No les pone pensar que ya alguien se las ha tirado bien?». Y otro echaba más leña al fuego: «A mí lo que me pone es saber que alguien se la ha metido sin condón y se ha corrido dentro de ella. Eso me pone como un cerdo». Finalmente, un forero que se hacía llamar «doctor Dou» sostenía: «Las embarazadas hacia el sexto mes tienden a experimentar una sensación de tenesmo recto-anal [sensación de vacío entre el ano y el recto], algo así como una palpación intensa y unas enormes ganas de sofocarla y de acoger en esa zona algo que encaje plenamente dentro de ellas, y además, por efecto de las hormonas, los músculos anorrectales se distienden e invitan a una cópula profunda y sostenible».

Había algo de cierto en todo esto, pero la verdad es que no todas teníamos la misma suerte. Las hay que tienen la libido muy baja, ya sea porque les preocupa lastimar al bebé o porque no llevan bien el incremento de peso, y se sienten incómodas y nada sensuales. Además, el deseo es fluctuante a lo largo de los tres trimestres, de menos a más y de más a menos. Al principio las náuseas y el malestar general disminuyen las ganas; hacia el cuarto mes se recuperan energías y el deseo se dispara.

Eso me estaba pasando a mí. Sin ir muy lejos, la noche anterior –y porque me dio pereza levantarme para encender el ordenador e ir por un DVD porno y porque me dio pena despertar a J, que dormía tras un agotador día de trabajo– lo había hecho de forma patética con la valiosa ayuda de mi vibrador realista en forma de pene (color negro), pero viendo el canal 25 de la tele local catalana, que programa porno malísimo toda la noche, por lo general en una pantalla diminuta plagada de publicidad de contactos y escenas que se cortan dolorosamente en la mejor parte.

A medida que el embarazo evoluciona y se acerca el parto, otra vez el deseo disminuye. A veces, el problema no es la embarazada sino su marido. Entré a un chat y ahí había una a la que su esposo no le hacía el amor por miedo a dañar al bebé: «Pero mis hormonas no entienden eso y me masturbo todos los días varias veces al día y trato de estar con mi amante todas las veces que pueda para saciar mis deseos». Una emba-



razada con amante. Eso sí que tiene gracia. No esta sesión masturbatoria. Cuando estaba a punto de irme, la chica insatisfecha me dirigió la palabra:

—Hola, ¿quién eres?

—Soy G, también estoy embarazada.

—Ah, OK. ¿Tienes fotos?

—Eh... sí. ¿Y tú?

—Acabo de poner una foto mía. Si me envías una tuya te mando una en la que se vea mi cara.

En la fotografía, la chica, embarazada de unos siete meses y desnuda, lucía acostada en algún lugar al aire libre. Yo puse una de las fotos más recatadas que me había tomado: una en la que estaba en ropa interior negra. A cambio me mostró otras tres más, ahora sí con cara, una cara muy normal y muy seria. Era un poco pelirroja, incluso sus vellos púbicos lo eran. Llamé a J para compartir la experiencia del chat sexual con una embarazada. J se puso muy contento, pero me dijo que lo más probable era que fuera un timo para conseguir más fotos y colgarlas en la web. Me reí. Seguí conversando con mi colega embarazada, pero llegamos a un punto muerto.

—¿Tienes webcam? —me preguntó.

—No.

—Entonces bye. Sin webcam no hago nada.

Y se desconectó. Me dejó ahí.

Y todavía hay quien piensa que todas las embarazadas somos tiernas.



Todos estaban nerviosos. Hablé con mi papá y luego con mi hermana. Me deseaban suerte como si me fuera de viaje. Conclusión: podía morir. Hablé con mi suegra, con mis cuñados. Al borde de la asfixia, me despedí de todos mentalmente, como aquella vez que me tapó la ola en la playa de La Punta, y vi pasar mi vida como en una película. Y en ese lapso, otra contracción casi consigue matarme. Colgamos. Teníamos que ir al hospital, a riesgo de hacer el ridículo y que nos regresaran. Llamamos a un taxi para que nos llevara cuanto antes hacia algún lugar donde supieran qué hacer conmigo.

Dirección Maternidad. A las doce suspiré aliviada: mi hija se había salvado de nacer el mismo día que Alberto Fujimori, el ex presidente del Perú. Por otro lado, el taxista era un hijo de puta. Le preocupaba que le man-

chara el carro. Lo bueno es que por esa misma razón corrí a velocidades prohibidas y llegamos antes.

Al llegar nos condujeron hasta los consultorios de Urgencias. Eso estaba lleno de mujeres embarazadas y sus maridos falderos, la mayoría había acudido por una falsa alarma y a lo sumo lucían enchufadas a esos monitores que miden las frecuencias de las contracciones. Alguna embarazada fumaba. A mí, que lucía compungida, me pidieron que me tendiera en una camilla. Yo ya casi no podía hacer nada por mí misma. En la camilla vecina había otra chica de vientre titánico. Nos miramos y sonreímos con camaradería y un cierto «saber estar» bastante meritorio para nuestra condición. La mujer llevaba dos semanas de retraso. Era el rostro mismo de la desesperación. No la estaba pasando muy bien. Tenía un niño dentro, un niño remolón. Yo le estaba contando que esperaba a una niña cuando alguien corrió abruptamente las cortinas y dejamos de vernos. La autora del elegante gesto era una mujer con bata blanca, delgada, enjuta, de pelo negro atado en una coleta, que no tendría un buen día o un buen año. Ni siquiera saludó. Me abrió las piernas sin decir nada y me metió los dedos con cara de asco. Lo que vio no le gustó nada. Gruñó con el ceño fruncido.

—No estás ni en tres de dilatación. Te vuelves a tu casa, ¿vale? Te falta bastante.

—Perdón, pero es que es mi primera vez...

¿Por qué mi destino era ser atendida siempre por gente probablemente obligada a trabajar horas extras? Ésta tenía cara de cajera del McDonald's a las once de la noche. OK, es un trabajo duro, pero ¡el día promocionado como «el más feliz de mi vida» tenía que soportar esta mueca sólo porque no podía pagarme una clínica privada?! Ya me habían advertido que era cuestión de suerte y que igual podía tocarme la comadrona «borde». Le dije que me dolía mucho y si no podían pasarme a la habitación, que allí podía ir dilatándome con más confianza y esperar que llegara el momento.

—A ver, ¿qué tipo de parto vas a tener?

—Natural...

—Uuuuu. Eso puede tardar días. ¿Aquí no ves cómo estamos? No hay sitio.

—Pero no tengo carro, prefiero quedarme, la verdad, no hay taxis y tampoco es que sean muy baratos a estas horas.

—Puedes dar vueltas alrededor del hospital hasta que llegue la hora. Vuelve cuando las contracciones sean más seguidas, ¿vale?



A MITAD DEL CAMINO NO PUEDES RENDIRTE

ENERGIA EXTREMA

Coca Energy Drink

VORTEX®



Dicho esto, se largó como vino. Yo no podía ni imaginarme haciendo *jogging* alrededor de la maternidad a esas horas de la madrugada y con dolores de parto. Cuando estaba por vestirme entraron dos chicas.

—Hola, cómo vas.

Eran dos mujeres demasiado jóvenes, probablemente practicantes. Sus rostros eran engañosamente angelicales.

—¿Puedo mirarte ahí abajo? —dijo una.

Recordé mucho después que Irene me había prevenido contra los «tactos de reconocimiento». «Los médicos suelen meterte la mano para romperte la bolsa sin que te des cuenta y así salen rápido del embrollo», había dicho suspicazmente. Pero en ese momento estaba en blanco y a merced de la autoridad médica, aun que ésta fuera cuasi adolescente.

—Supongo...

—Sólo será un momento.

Ambas se pusieron guantes y se instalaron frente a mi vagina abierta de par en par como frente a una máquina de café. Primero una me introdujo profundamente un dedo. Cuchicheó algo con la otra. A continuación su compañera hizo lo mismo. Se quitaron los guantes y los echaron a la basura. Habían aprendido algo nuevo hoy.

—Muchas gracias.

—¿Todo bien? —pregunté por decir algo.

—Sí, sí, todo bien.

Salieron y yo sufrí otra enorme contracción. Nos habían usado como cobayas. Me vestí como pude y fui a buscar a J, que fumaba afuera como en las películas en que hay embarazos. En el parto que yo había soñado J estaba en todas las escenas, pero hasta ese momento era un marginado de su propia paternidad, un padre de la vieja guardia.

Nuevo incidente con un taxi. Fuera del hospital, en la esquina del hotel Reina Sofía, otro taxista se escapó al verme embarazada. No podía ser cierto. Era increíble. Lo insultamos. Menos mal que uno se compadeció. El taxista hablaba y hablaba de los malos que son algunos taxistas. Como si comentara el resultado del Barça-Recreativo. Yo ya no escuchaba nada del exterior. Se estaba mucho mejor así.

**M**i parto natural comenzó con una ambulancia. Pero antes llenamos la bañera de agua tibia, me desvestí y me metí ahí. Pusimos velas aro-

máticas y apagamos la luz. Algo de musiquita también. Pero era demasiado tarde para volverme hippie. Demasiados años de amargura no se borran así como así. Aguanté cerca de diez minutos en la tina, el resto del tiempo lo pasé arrastrándome por el suelo. De la cama al sofá y del sofá al suelo. J probó darme algunos de esos masajes, pero yo sólo quería golpearlo.

No voy a mentir: no me estaba comportando como una valiente.

Tendré que contarle a Magdalena que el día de su alumbramiento fue el día de los taxis. A las seis de la mañana todavía estaba todo oscuro. En ese preciso instante ya no me importaba si una enfermera borde creía que yo no estaba a punto de caramelo. La cosa se me venía encima. Expulsé algo de líquido. Debía ser la fuente. Me advirtieron que si el agua era clara todavía podía tomarme mi tiempo, pero si se trataba de un líquido oscuro quería decir que el bebé se había cagado dentro y corría el riesgo de asfixiarse. En ese caso había que correr.

El líquido era transparente, pero igual estaba lista para poner pies en polvorosa. J llamó un taxi. Le dijeron que no tenían unidades. Llamó a otro número y obtuvo la misma respuesta. Se hizo con la guía telefónica y fue marcando decenas de números de taxi con la misma suerte. Algunos advertían que podían tardar más de una hora. J explicaba que la situación era apremiante, que debían dejarlo todo y venir por su mujer parturienta. Yo rumiaba mi malestar en una esquina del cuarto. Por aquella época los avaros taxistas no salían a trabajar los fines de semana (hoy sí, que cobran el doble). Demasiados borrachos dispuestos a vomitarles el chasis.

—¿Por qué no tenemos coche?! ¡¿Por qué no le hemos pedido a nadie que nos lleve?! ¡¿Por qué no tenemos más amigos con coche?!

Ante el drama del transporte no me quedaba ni pizca de humor negro, era purito desaliento.

—Llama a una ambulancia —le pedí a J.

—¿Las ambulancias llevan embarazadas?

—Diles que lo tengo afuera, que se le ve la cabeza. Que no hay un puto taxi en la ciudad.

Vaya manera de empezar mi cacareado parto natural. La ambulancia estaba en camino. En menos de cinco minutos tocaron el timbre. Salí con mis propias piernas a la puerta. No tenía que sobreactuar. Me veía bas-

tante ruinoso. Los de la ambulancia me subieron a la parte trasera. J subió adelante. Atrás me esperaba una de esas señoritas del Servicio Médico de Urgencia. La miré con desconfianza. Yo a estas alturas pensaba que todas las mujeres me querían meter el dedo. Y era cierto. Lo hizo. El otro técnico le preguntó si estaba muy avanzada. «Ya está colocado», le contestó. Por fin una buena noticia. Y ver Barcelona desde una ambulancia también me hizo sentir mejor. Exhibicionismo puro: las sirenas y la gente girándose para mirar, imaginando que allí va un proyecto de muerto. Es casi tan bueno como ver pasar una carroza funeraria. Me sentí como el doctor Hannibal Lecter, falsamente herida y con ganas de comerme la nariz del enfermero.

Llegué a la maternidad por todo lo alto. Es decir, en medio de las sirenas y las luces rojas de una ambulancia. Ingresé por la puerta trasera y efectué una impactante entrada a la sala de Urgencias. El recibimiento resultó mucho menos frío que el anterior. Se abrían las puertas a nuestro paso. Por fin no era una enferma imaginaria. Me estaba desquitando de todas las veces que había llegado infundadamente a hospitales en plan catastrofista (resacas que confundí con principios de infarto). J fue detenido una vez más en la puerta e impedido de entrar. Tras la auscultación determinaron que apenas había dilatado un punto. De dos a tres. La encargada de dar la mala nueva: la comadrona infecta. Quién más. A la ginecóloga, como ya dije, sólo la había visto una vez en mi vida. Todo el tiempo escuchaba en mi cabeza voces femeninas que me instaban a defender mi parto natural con la vida. De otro lado escuchaba la voz del diablito susurrándome que pida de una vez la epidural. Aproveché un descuido de la susodicha y le pregunté a otra comadrona si esa mujer iba a estar en mi parto, porque si iba a ser así no sólo quería la epidural, sino también anestesia general o incluso una sobredosis letal. La sola posibilidad de quedarme allí a hacer el bendito trabajo de parto, sin J, rodeada de gente estresada, me hacía temblar.

—No, dentro de un rato ya te suben a la otra planta. No te preocupes —me dijo guiñando el ojo.

—¿Parto natural?

—Sí.

—Muy bien.

—¿Muy bien?

Entonces las contracciones tomaron la forma de miles de proyectiles incrustándose en mi cintura. Con suerte, en unas horas iba a tener un enemigo menos en el mundo.

Ahora estoy sobre la camilla de la sala de parto. Creo que ese es J vestido de verde como uno más del ejército de parteros que pueblan la habitación. Hay una media de diez personas ahí metidas. Que yo sepa, ninguno ha pagado entrada para ver el espectáculo. Me animan todos a la vez. Hay dos mujeres que están muy cerca, a ellas me confío, tengo la urgente necesidad de confiar en alguien. Me dicen cosas positivas, indicaciones técnicas, que respire, que empuje, que respire. J me coge la mano, lo miro con ojos suplicantes, me dice que voy bien. Él es transparente, sé que está haciendo un esfuerzo supremo por demostrar tranquilidad, se nota el nerviosismo en la forma en que se mueve la manzana de Adán de su largo cuello cuando traga saliva y me acaricia la frente con su mano húmeda y nuestros sudores fríos se entremezclan. Yo no dejo de mirar sus hermosos ojos, me veo a través de él porque es preferible a mirarme yo misma con los ojos despiadados de siempre. Lo miro y le creo que todo está bajo control, eso es algo esencial de nuestra vida juntos. Sé que está preocupado por mí, porque no sufra, ni me pase nada malo. Hemos sido hasta ahora dos en el mundo, nos cuidamos, tememos el uno por el otro, pero las cosas cambiarán en pocos minutos. Me mira a mí y mira allí abajo, la puerta por donde va a salir nuestra hija, no se aleja, no me suelta, no me deja caer. La comadrona lo llama para que vea lo cerca que estamos. Ya la están viendo. Ojalá hubiera un espejo. Detesto no poder desdoblarme para tener el otro punto de vista y que tengan que contármelo. J me dice que ya la ve, que le está viendo la cabeza. Me piden que ahora sí dé un último empujón fuerte. Mi único triunfo ha sido que la comadrona acepte posponer la episiotomía lo más posible, al final no será necesaria. Una mujer me enseña cómo debo hacerlo. Empujo con todas mis fuerzas, pero no sale. Me desgarró levemente, son dos puntos que cicatrizarán rápidamente, más fantasmas dispersándose. La comadrona narra todo como un partido de fútbol. Otra vez a respirar y a empujar. Todos me felicitan por el más mínimo logro, no hago caso, por prime-

50 años  
1964 - 2014  
EL PUEBLO  
By Thunderbird Hotels

VIVE LA  
COPA

con Julinho en  
El Pueblo

En Junio, ven a El Pueblo y sé parte del mundial.  
¡LA ACADEMIA DE JULINHO TAMBIÉN ESTÁ INCLUIDA!

PAQUETE S/. 1,245  
TODO INCLUIDO

3 DÍAS / 2 NOCHES  
2 adultos y 2 niños menores de 5 años

Visita de Julinho en El Pueblo 14 y 21 de junio, las demás fechas estarán dirigidas por su equipo. Includo impuestos. Los niños comparten habitación con los padres. No incluye cama extra o cuna. Habitación Standard: 1 cama queen o twin con 2 camas de una plaza y media. Zona: Pueblito.

Todo  
Incluido

ALOJAMIENTO

ALIMENTOS

BEBIDAS Y LICORES

PISCINAS

CANCHAS DEPORTIVAS

SHOWS EN VIVO

ENTRETENIMIENTO

SALA DE JUEGOS

WIFI

Carretera Central Km. 10.5, Santa Clara, Ate  
RESERVAS: 612-6410 616-3141 www.pueblo.com.pe

ra vez en la vida estoy concentrada en algo más que no soy sólo yo. Me esfuerzo como nunca, enrojeczo, sudo, me abro. A mi lado el monitor muestra la frecuencia cardiaca de mi bebé. Me da por mirar las fluctuaciones de su frágil vida, que depende de que yo haga bien las cosas. Todo será así a partir de ahora. Creo que va a embargarme el sentimentalismo y, como siempre, quiero evitarlo a toda costa. Y, como siempre, fracasaré. Ahora sí viene, se abre paso, la siento llegar, la veo, alzada por los aires, embarrada de mis entrañas, tibia, decolorada, con rostro de

éxtasis. Una mezcla de extrema suavidad, aprensión y ganas de bailar. Siempre que vuelve de las revisiones tiene cara de susto. Necesito irme de este sitio lo más pronto posible. Odio a todos, quiero asesinar a las enfermeras, a las familias y a los otros bebés.

**L**levo a Lena en brazos. J se encarga de los últimos papeleos del alta médica. Yo lo espero muy cerca de la puerta. Afuera hace un día estupendo de verano. El sol brilla. De pronto una mujer se acerca. Es de origen filipino. No entiendo todo lo que dice. Quiere

La piel de mi bebé recién nacida es la de un ser acuático. Parece que en cualquier momento encontraré un alga entre los dedos de sus pies. Huele a algo muy limpio. Es muy pequeña, delgada y pálida. Sus manos son larguísimas y translúcidas como las de un vampiro. Su pelo es negro, húmedo y grasiento, en realidad es idéntica a una cría de esquimal: los ojos achinados y separados entre sí. Mirar a tu bebé recién nacido se parece a tomar éxtasis.

Una mezcla de extrema suavidad, aprensión y ganas de bailar

boxeadora, me la enseñan como un camarero te enseña una botella de vino, como si pudiera decir que no la quiero, la tienden sobre mí, ya no es una extensión de mí misma, es otra. ¿Lloraré? Si me pregunto esto es que no lloraré.

## EPÍLOGO

Habitación 525. Flores. Reconocimiento. Su piel es la de un ser acuático. Parece que en cualquier momento encontraré un alga entre los dedos de sus pies. He vuelto a las metáforas marinas, y qué. Está completa. Sólo tiene una marca en un ojo. Está herida de guerra. Huele a algo muy limpio. Es muy pequeña, delgada y pálida. Sus manos son larguísimas y translúcidas como las de un vampiro. Su pelo es negro, húmedo y grasiento, en realidad es idéntica a una cría de esquimal: los ojos achinados y separados entre sí. Son dos rendijas que se abren como los ojos de E.T. Creo que es porque está asustada, un poco más que yo. Mirar a tu bebé recién nacido se parece a tomar

ver a mi bebé, por favor, sólo un momento. Se lo enseño. Me dice que es muy bonito. Brotan lágrimas de sus ojos. Le pregunto qué le pasa. Intento consolarla. No sé qué está pasando. Me pregunta cuándo nació, si todo fue bien. Le digo que sí, gracias. Me invade el miedo, abrazo con fuerza a Lena, empiezo a pensar que en cualquier momento me la arrebatará y se irá con ella. Seguramente es una psicópata. Éste es el final de la dulce historia de una embarazada de estos tiempos. El secuestro de su recién nacida bebé en la puerta de la maternidad. La crónica se vuelve crónica roja. Me alejo, busco a J con la mirada, ya se ha dado cuenta, voy hacia él, viene hacia aquí, pero la mujer viene detrás de mí, quiere explicarme algo. Me alcanza y me cuenta que ella también tuvo un bebé, y se parecía mucho al mío, pero murió, hace unos días, en este hospital, nació bien y luego le dijeron que había muerto, que han pasado varios días y aún no le entregan el cuerpecito. Me mareo. Le digo que lo siento, no puedo hacer más. «¿Es un niño?», me pregunta sollozando. Le digo que no, que es una niña. «El mío era un niño», dice. Uf. J me saca de ahí. Alcanzo a oír que la mujer grita que la cuide mucho ♦



## Las nuevas fragancias de Karl Lagerfeld

Karl Lagerfeld, el reconocido fotógrafo y diseñador de prestigiosas firmas como Chanel y Fendi ha decidido escribir la primera página de una nueva historia aromática impregnada con ese espíritu vanguardista que marca su universo de diseño, moda, fotografía, e imagen. Ha decidido lanzar dos fragancias, una para hombre y otra para mujer, que concentran en su aroma y en el frasco que los custodia todos los códigos que conforman el ADN de este mítico diseñador.

Lagerfeld sabe bien lo que quiere pero como no es perfumista recurrió a Christine Nagel y a Serge Majoulier, quienes han creado una elegante fragancia femenina de flores que fusiona el frescor del limón con el matiz aterciopelado del melocotón. En su corazón rosas, magnolias y flor de frangipani, envuelto en la sensualidad de los almizcles y en la fuerza de las maderas negras.

Para la fragancia masculina, recurrió a Jean-Christophe Héroult que optó por una fragancia atemporal y rotundamente moderna hecha de lavanda aderezada con mandarina y manzana crujiente, que arrastra en su estela notas amaderadas y especiadas.

El frasco en blanco y negro, toque moderno de cristal y metal que hace de él un objeto magnífico de líneas rigurosas y perfiladas que ha dado vida a un objeto bello, macizo y depurado. El nombre de Lagerfeld ha sido grabado con letras plateadas, un ancho anillo de metal reproduce el estilo de los emblemáticos cuellos duros que suele utilizar el diseñador en sus camisas y separa el frasco de su tapón con el característico perfil de Karl.

Las nuevas fragancias son capaces de transmitir un poderoso mensaje: "una fragancia es tan importante como una prenda" y para transmitir todo el magnetismo y la sensualidad que había imaginado, se eligió a los modelos Kai Neischer y Baptiste Giabiconi, luciendo los míticos mitones adornados con tachuelas que forman ya parte de la identidad del diseñador. Las fragancias nos llegan en presentaciones de 100 - 50 y 30ml desde s/139 y s/149 exclusivamente en las tiendas de Saga Falabella

**KARL**  
KARL LAGERFELD